

“Sólo el amor es capaz de unir a seres vivos de modo tal que los perfeccione y colme, porque sólo el amor los acoge y une en lo más profundo que existe en ellos.”

Pierre Teilhard de Chardin



Jackson Pollock, La guerra, 1947

PARA LEER...

BERMEJO, J.C., *El Sanador herido*. Sal Terrae, Madrid 2022

Para recibir este material en tu casa escribe a
Servicio de Atención Espiritual
–Centro San Camilo– Tres Cantos, Madrid
xabier@sancamilo.org



Entendiendo el proceso Sinodal (I)



Francisco recupera y activa el protagonismo de todo el pueblo de Dios recabando su parecer en la preparación del Sínodo. Se trata de un paso que, como todo inicio, es modesto en su realización, interesante en su pretensión y llamado a un mayor desarrollo. Es la primera ocasión en que se toma en serio la primera de las interpretaciones de Mt 16, 19: la que entiende que el “poder” de Cristo pasa a la Iglesia por medio de Pedro, es decir, la defendida por los Santos Padres. Hay **una intervención suya del 17 de octubre de 2015, con motivo de la conmemoración del 50º que considero muy importante.** Se trata de una intervención precedida de un importante discurso a la Administración vaticana, conocido como “las quince enfermedades de la curia”. Y a la que sucederá otro que será citado como el de “los antibióticos del Papa para la curia romana”. En estas semanas vamos a recuperar resumidos estos documentos.

Las 15 enfermedades de la curia:

1. **El mal de sentirse «inmortal», «inmune»,** e incluso «indispensable», descuidando los controles necesarios y normales.
2. **El mal de «mortalismo»** (que viene de Marta), de la excesiva laboriosidad, es decir, el de aquellos enfrascados en el trabajo, dejando de lado, inevitablemente, «la mejor parte»: el estar sentados a los pies de Jesús (cf. Lc 10,38-42).
3. También existe **el mal de la «petrificación» mental y espiritual**, es decir, el de aquellos que tienen un corazón de piedra y son «duros de cerviz» (Hch 7,51); de los que, a lo largo del camino, pierden la serenidad interior, la vivacidad y la audacia, y se esconden detrás de los papeles, convirtiéndose en «máquinas de legajos», en vez de en «hombres de Dios» (cf. Hb 3,12).
4. **El mal de la planificación excesiva y el funcionalismo.** Cuando el apóstol programa todo minuciosamente y cree que, con una perfecta planificación, las cosas progresan efectivamente, se convierte en un contable o gestor.
5. **El mal de una falta de coordinación.** Cuando los miembros pierden la comunión entre ellos, el cuerpo pierde su armoniosa funcionalidad y su templanza, convirtiéndose en una orquesta que produce ruido, porque sus miembros no cooperan y no viven el espíritu de comunión y de equipo.
6. **La enfermedad del «Alzheimer espiritual»,** es decir, el olvido de la «historia de la salvación», de la historia personal con el Señor, del «primer amor» (Ap 2,4).

7. **El mal de la rivalidad y la vanagloria.** Es cuando la apariencia, el color de los atuendos y las insignias de honor se convierten en el objetivo principal de la vida,
8. **El mal de la esquizofrenia existencial.** Es la enfermedad de quien tiene una doble vida, fruto de la hipocresía típica de los mediocres y del progresivo vacío espiritual, que grados o títulos académicos no pueden colmar.
9. **El mal de la cháchara, de la murmuración y del cotilleo.** Es una enfermedad grave, que tal vez comienza simplemente por charlar, pero que luego se va apoderando de la persona hasta convertirla en «sembradora de cizaña» (como Satanás), y muchas veces en «homicida a sangre fría» de la fama de sus propios colegas y hermanos
10. **El mal de divinizar a los jefes:** es la enfermedad de quienes cortejan a los superiores, esperando obtener su benevolencia. Son víctimas del arribismo y el oportunismo, honran a las personas y no a Dios
11. **El mal de la indiferencia hacia los demás.** Se da cuando cada uno piensa sólo en sí mismo y pierde la sinceridad y el calor de las relaciones humanas.
12. **El mal de la cara fúnebre.** Es decir, el de las personas rudas y sombrías, que creen que, para ser serias, es preciso untarse la cara de melancolía, de severidad, y tratar a los otros con rigidez, dureza y arrogancia.
13. **El mal de acumular:** se produce cuando el apóstol busca colmar un vacío existencial en su corazón acumulando bienes materiales, no por necesidad, sino sólo para sentirse seguro.
14. **El mal de los círculos cerrados,** donde la pertenencia al grupo se hace más fuerte que la pertenencia al Cuerpo y, en algunas situaciones, a Cristo mismo.
15. **El mal de la ganancia mundana y del exhibicionismo,** cuando el apóstol transforma su servicio en poder, y su poder en mercancía para obtener beneficios mundanos o más poder

¡A jugar! ¡ A aprender!

Busca 10 palabras de más de cuatro letras que aparecen en el evangelio de hoy. Con las letras que sobran obtendrás una frase

"LA VIDA
SE ACRECIENTA
DÁNDOLA Y SE DEBILITA
EN EL AISLAMIENTO".

(EVANGELI GAUDIUM)

E	L	U	T	I	R	I	P	S	E	P
A	D	A	R	E	E	N	O	S	R	E
N	V	R	I	A	R	R	A	E	D	L
N	E	O	S	P	B	I	R	I	A	A
O	T	H	S	U	M	S	A	A	P	R
Z	N	A	O	A	O	T	D	O	Y	B
A	N	O	D	S	N	R	A	E	C	A
R	O	R	N	D	A	T	R	R	A	L
O	L	O	U	D	I	C	O	H	O	A
C	P	O	M	R	J	E	M	S	U	P
S	O	T	I	L	C	A	R	A	P	.

Frase Anterior: Jesús nos deja a todos la tarea de amarnos unos a otros como Él nos ha amado

EVANGELIO (Jn 14,23-29)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió. Os he hablado de esto ahora que estoy a vuestro lado pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Me habéis oído decir: “Me voy y vuelvo a vuestro lado”. Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis.

Se contraponen dos actitudes: el que me ama – el que no me ama. A la primera sigue una gran promesa: el Padre lo amará. A la segunda, un severo toque de atención: mis palabras no son mías, sino del Padre. La primera parte es muy interesante cuando se compara con el libro del Deuteronomio, que insiste en el amor a Dios (“amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser”) y pone ese amor en el cumplimiento de sus leyes, decretos y mandatos. En el evangelio, Jesús parte del mismo supuesto: “el que me ama guardará mi palabra”. Pero añade algo que no está en el Deuteronomio: “mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él”. El tema de Dios habitando en nosotros se trata de algo que nos afecta a cada uno de nosotros y que no debemos pasar por alto. Pensemos en el influjo enorme que siguen ejerciendo en nosotros personas que han muerto hace años: “vivos dentro de nosotros”. Una reflexión parecida deberíamos hacer sobre cómo Dios está presente dentro de nosotros e influye de manera decisiva en nuestra vida. Y lo deberíamos ver como una prueba del amor de Dios: “mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él”. Por otra parte, decir que Dios viene a nosotros y habita en nosotros supone una novedad capital con respecto al Antiguo Testamento, donde se advierten diversas posturas sobre el tema. 1) Dios no habita en nosotros, nos visita, como visita a Abrahán. 2) Dios se manifiesta en algún lugar especial, como el Sinaí, pero sin que el pueblo tenga acceso al monte. 3) Dios acompaña a su pueblo, haciéndose presente en el arca de la alianza, tan sagrada que, quien la toca sin tener derecho a ello, muere. 4) Salomón construye el templo para que habite en él la gloria del Señor, aunque reconoce que Dios sigue habitando en “su morada del cielo”. 5) Después del destierro de Babilonia, cuando el profeta Ageo anima a reconstruir el templo de Jerusalén, otro profeta muestra su desacuerdo en nombre del Señor: “El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies; ¿Qué templo podréis construirme o qué lugar para mi descanso?” (Isaías 66,1). Cuando Jesús promete que él y el Padre habitarán en quien cumpla su palabra, anuncia un cambio radical: Dios no es ya un ser lejano, que impone miedo y respeto, un Dios grandioso e inaccesible; tampoco viene a nosotros en una visita ocasional. Decide quedarse dentro de nosotros.